

# La ACTRIZ

## DEFINE AL PERSONAJE

### Una piscina sin estrellas

Como la puerta de los Estudios C. E. A. está enfrente de la parada número 6 del tranvía de la Ciudad Lineal, no tenemos mucho que andar para llegar a ellos. En la conserjería preguntamos a un sbotones por López Rubio, director de *Eugenia de Montijo*, y pasamos a los jardines. ¡Ah! Esto es nuevo, esto no estaba antes. Me refiero a una pequeña piscina de baldosas verdes enclavada en la plazoleta delantera de los escenarios. Es una piscina muy cinematográfica; pero no tiene agua ni estrellas. Que no tenga estrellas me lo explico; las astronómicas artistas bajan a la tierra de los Estudios para trabajar y estar constantemente dispuestas a la voz de mando de los directores; pero agua, ¿por qué no tiene agua la piscina del Estudio? En fin, la novedad de esta piscina me ha insinuado que aquellas preciosas fotos que nosotros conocíamos de innumerables y muy hermosas artistas bañándose es puro camelo publicitario. La verdad es que los artistas van a los Estudios a trabajar y no a refrescarse.

### ¡Silencio!

La gente de cine me dice que los Estudios parecen una casa de locos; pero yo, que conozco estas casas, no lo creo. Ahora, que si venimos a las comparaciones, si podemos decir que hay dos ambientes distintos dentro de los Estudios; uno de ellos me recuerda los sanatorios a causa de esos sus pasillos asépticos, de sus individuos embatados, de sus luces rojizas y de su silencio. El otro ambiente es el de una casa en construcción con albañiles vociferosos y decoradores ruidosos. La estampa teatral se diluye entre tantos trastos viejos y nuevos que hay por doquier.

### La varita mágica de una incógnita

En los Estudios, como en las operas, no se puede hablar, ni siquiera sonreír, mientras se está actuando. Luego, todo lo que quieras. Amparito Rivelles, esta tarde, nos da permiso y ejemplo con esa risa ruidosa que tiene de mujer sana y carente de preocupaciones. ¿Puede ser dramática una estrella que así ríe? Veámoslo en sus interpretaciones y no dudemos.

López Rubio se llega a nosotros en compañía de esa su varita, que no sé si es látigo que domoñea los corceles desbocados del escenario o varita mágica que pretende encantar misteriosamente el sentido romántico de esta historia sentimental de ambiciones y buenos pensamientos que acaba en boda imperial. La varita está nerviosa. Salta, baila, se agita intermitentemente. No sé si con veleidades de batuta musical o con esas otras veleidades de flauta de faquir indio.

### Preguntas de ritual

—Vamos a ver, Amparito, ¿estás contenta representando el papel de Eugenia de Guzmán?

—Sí que lo estoy.

—¿Te interesa el personaje?

—Sí, mucho. Ser amada de duques y acabar siendo emperatriz siempre es interesante.

—Ya lo creo. Y a tu entender de artista, ¿cómo crees que pudo ser el carácter de la marquesa de Teba?

Amparito se ríe, titubea y dice:

"DECIDIDA, ENERGICA, MUY AMIGA DE HACER SUS GUSTOS Y LLENA DE BUEN CORAZON" \* ASI VE AMPARITO RIVELLES A EUGENIA DE MONTIJO Por TRISTAN YUSTE



1 El abanico entre las manos. Va a convertirse pronto en centro de la actriz en duelo del gesto. Amparito, gran estrella de un cine español que ha encontrado sus intérpretes.

2 Amparito Rivelles en una escena de «Eugenia de Montijo». Todavía no se han encendido sobre su cabeza las luces del Eliseo y es apreciable una jovencita que escuchaba las leyendas benemeritas de Manime.

3 En el decorado de una escena puro estilo del Imperio, con las musardinas de la emperatriz, el uniforme de Napoleón III y las bridas que presidieron una relación de contraste de los trajes de nuestros días.

4 Una escena de la película «Eugenia de Montijo». Venimos a Amparito Rivelles con Mercedes Collaeta. Una pareja de aquellos esmaltes que llevaban las mujeres del siglo romántico.

5 En el papel de María Manuela, la condesa de Teba, madre de la emperatriz, figura María Roy en un plano de la cinta, en que vemos también a Amparito Rivelles. Deliciosa evocación de épocas de una época que había descubierto el ferrocarril a Aranjuez.

—Pues el de una mujer decidida, de modales enérgicos, muy amiga de hacer sus gustos y llena de buen corazón.

—Entonces, ahora mismo, en este instante, ya que te veo vestida a lo Eugenia, tienes ese temperamento, ¿no? Amparito se ríe, y yo me despidió de ella.

### En situación

Suena un pito afónico. Los artistas que fueron al bar regresan y se disponen a rodar. ¿Y Amparito? ¿Dónde está Amparito?

—Amparito!—la llaman.

Y Eugenia regresa, levantando un murmullo de mirriñaques y una nube de polvo. Los focos se encienden y se apagan graduándose. Enzo Riccioni va y acaricia la luz que se escapa por sus viseras y se posa en los peinados relucientes de Paca y Eugenia Guzmán.

—Ese 18, ese 20! ¡Un kilovatio más!

—Ya está todo.

—Bueno; pica el 32. Más, más. ¡Bueno va! ¡Apaguen!

Listos nosotros.

López Rubio, que ha estado dibujando en un cuaderno de notas a Amparito vestida a lo romántico y llena de sentimental dramatismo, deja su entretenimiento y se pone a explicar su lección histriónica.

—Amparito; no, perdona; Eugenia; tú acabas de descubrir que tu hermana Paca ama al duque de Alba. Fíjate bien; tú también le quieres; pero tu hermana lo ama más aún. Al menos, ésta es la impresión que tienes tú. Ahora, los movimientos. Acabas de llegar del jardín. Tienes el pelo desordenado. No; así, no. ¡Eh! ¿Y el maquillador? Que venga.

El maquillador se presenta con su peine y su cajita de polvos. Despeina un poco a Eugenia, le da una pasada con la polvera y le retoca los ojos y la línea de la nariz. El director prosigue mientras tanto:

—Dejas el libro que has estado leyendo encima de aquel sofá y te sientas dulcemente, como abstraída, en esa butaca. Entonces tu madre penetra en el campo. Viene eufórica. Su porte frívolo contrasta con el tuyo, preocupado y consciente. A ver, un ensayo.

### Conversación sorprendida

Yo no asisto al ensayo porque tengo sed y salgo al bar a saciarla. El bar está casi en la otra punta de los Estudios. Luego voy a ver los exteriores de *Lola Montes*, en las afueras de los Estudios. Representan unas calles de París. Esta noche rodarán unos planos, y los trabajos de decoración están muy adelantados. Alguien conversa cerca de mí. Miro a mi alrededor, y no veo nada más que a los obreros encima de los andamios. Debe de ser detrás de los decorados, escuchando:

—... La otra noche. Si; hay que reconocer que Amparito Rivelles es dramática por excelencia. Es todavía muy joven y ya interpreta sus papeles con un estilo y emotividad que ya quisieran muchas para sí. Tiene quizá un inconveniente: su juventud, aunque algunos miran este defecto como ventaja, como augurio de que todavía ha de ser mejor. Ya veremos cuando tenga veinticinco años.

—Dicen que en *El clamo* ha dado a su papel un brio y verismo sorprendentes.

—Sí, eso dicen; y no tiene nada de extraño. Vale mucho, quizá más que la madre.

Bueno; esto dijeron aquellos desconocidos que no llegué a ver. Yo no sé si tendrán razón, porque nunca he visto trabajar a Amparito ni a su madre. La conversación despertó en mí vehementes deseos de ver a Eugenia rodando alguna escena. Regresé al escenario.

### Los comediantes, actores de cine aptos

Estaban rodando. Atravesé el escenario de puntillas y me situé detrás de la cámara. Y, como ella, miré a Eugenia con la pretensión de impresionar en mi memoria su interpretación para luego describirla.

Eran unos planos cortos y mudos. Eugenia cumplía fielmente las órdenes de López Rubio dándole una interpretación propia que el director creyó exacta. En el rostro de la estrella se reflejó una sombra de melancolía y de ensueño que hacía visible el estado de ánimo de la Montijo sin necesidad de aspavientos ni falsas alcarrazas. Yo pensé: ¿Y ésta era la que se reía hace un momento con tantas veras? Y quedé maravillado de la inaudita ficción de los comediantes, que hace dudar de los caracteres más acusados. Al terminar el rodaje de estos planos me entregaron la ficha técnica de la película. La lei y pregunté a López Rubio:

—¿No temes trabajar con gente de las tablas?

—Por qué he de temerlo?

—Por los defectos que todos le achacan. Su amaneramiento, su teatralidad.

—¡Bah! Ese amaneramiento y esa teatralidad que se ve en los actores de algunas películas, es falta de preparación, de dirección. Desengáñate; a nosotros nos sirve más un actor teatral, con todos sus defectos y prejuicios, que un individuo que venga virgen de histrionismo a los Estudios.

Yo creo que me fui convencido. ¿Lo estás tú, querido lector?